

No hay ninguna diferencia entre hombres y mujeres.

Es tan descabellado intentar convencer a la sociedad de la veracidad de esta afirmación, como escribir una redacción sobre las desigualdades entre ambos sexos después de haber afirmado con total fidelidad que no existe tal diferencia. Pero en estos tiempos llenos de contradicción, en los que el país de la democracia viola los derechos humanos en Guantánamo, o en los que se recorta perjudicando la educación y luego se pretende disminuir el paro, no podemos extrañarnos de otra incoherencia más.

Hace dos años, un profesor escribió en la pizarra de mi clase: "Diferencias entre chicos y chicas". A continuación, comenzamos a escribir todo tipo de rasgos y características que distinguían a ambos sexos, y en primer lugar borramos las culturales, como la forma de comportarse o de vestirse, pues no son realmente diferencias esenciales tras haberse aprendido con una cultura. Seguidamente, de entre las diferencias naturales que nos quedaban, prescindimos de las que no estaban en todos los hombres y mujeres o que podían ser relativas, como la fuerza o la flexibilidad. Así, solo quedaron diferencias biológicas como los aparatos reproductores o los caracteres que se manifiestan por determinadas hormonas. Pero, en la actualidad se disponen de avances técnicos suficientes para eliminar estas diferencias si así se desean, realizando operaciones o suministrando hormonas al cuerpo. Hubo un compañero que dejó su libreta en blanco. Creía que mujeres y hombres eran iguales y que la actividad era absurda, mientras todos teníamos nuestra hoja llena de tachones.

Sin embargo, la teoría no siempre se corresponde a la práctica. Existen desigualdades por cuestiones de género, a pesar de todos los derechos que se han conquistado en la historia para evitarlo. Puede que estas líneas estén escritas por una mujer. O puede que el autor sea varón. Qué más dará. Aunque, sí importa, claro que sí. En realidad, no lo sé, pero soy mujer.

No recuerdo cómo exactamente, pero cuando era una niña llegó a mis manos un libro llamado "Calvina" de Carlo Fabetti. Fue un verdadero placer leerlo. La cuestión es, que durante todo el relato se desconoce completamente el sexo del protagonista, y como un juego de niños pasas las páginas cada vez más confundida y entusiasmada, deseando llegar a la última para desvelar el fatal misterio. Sin embargo, finalmente la hoja está en blanco, y tú estás llena de sorpresa y rabia y nadie te ha contestado a la pregunta. Hasta hace unos años no comprendí que no necesitaba saberlo, que la historia no habría cambiado en absoluto si le hubieran puesto una etiqueta, y de que aquel niño ¿o niña? que jugaba a cambiar de personalidad y que parecía loco, en realidad estaba mucho más cuerdo que muchos otros, porque poseía lo que todos envidiaban en silencio: una identidad propia.

Lo reconozco. Construir una verdadera identidad apartando la ley social es verdaderamente difícil. Para empezar, algo tan hermoso y etéreo como el amor ya está condicionado por tu sexo. A las chicas las enseñan a querer a los chicos, y viceversa. Cualquier posibilidad que escape de estas será etiquetada, y puede que criticada y marginada, al igual que la transexualidad. Solo porque no es lo "normal", lo que no estamos acostumbrados a ver.

Todo el mundo debe saber una cosa: estamos marcados por estereotipos sexistas. Estos estereotipos son impuestos por la sociedad, pero a veces nos referimos a esta palabra como una idea abstracta. Esto también se debe considerar: yo soy la sociedad, yo estoy definiendo un estereotipo, nosotros estamos creando la desigualdad en Alhama y Alhama la crea en España y así sucesivamente. Antes de nacer ya se nos etiqueta como "niña" o "niño", se nos compra ropa azul o rosa y se nos diseña una habitación llena de muñecas o coches. Supongamos que unos padres intentan educar a sus hijos por igual, independientemente del sexo, y el niño le pide toda una colección de cocinas y cosméticos para pintarse las uñas. En el momento en el que ese niño vaya al colegio y vea que sus demás amigos no hacen lo mismo que él, no tardará en querer imitarlos. Entonces, esos padres verán muy difícil darle una correcta educación debido a la presión de la "sociedad". El día que los hombres salgan a la calle con faldas y las mujeres vayan todas en verano sin depilarse, el día que las mujeres sean calvas y los hombres lleven tacones de aguja, el día que hombres bailen ballet y haya mujeres curas o futbolistas famosas, o mucho mejor aún, el día que mujeres y hombres hagan todo eso junto, el mundo podrá presumir orgulloso de libertad. Pero esto aún queda muy lejos de la realidad. Puede que un sueño para algunos, otros se divierten solo con la imaginación.

Por eso, no estoy diciendo que tengamos que cambiar radicalmente todo nuestro modo de ser o de comportarnos porque sea un estereotipo sexista, sino que tenemos que darnos cuenta de qué cosas realmente hacemos porque queremos, y qué otras hacemos porque las marca la sociedad, porque nos hemos acostumbrado a ellas o porque no queremos destacar del resto, pero en realidad no nos apetece hacerlas. Una vez que comprendamos esto podemos elegir si las cosas que marca nuestro "estereotipo" nos gustan y queremos continuar haciéndolas o si queremos cambiarlas y luchar por la igualdad entre sexos. Y es que... si eliminamos todo lo que nos hace diferentes y que durante la historia ha hecho que la mujer esté por debajo del hombre, estaremos a tan solo un paso de conseguir la igualdad de género. Entonces podremos decir "basta": yo también tengo derecho, yo también sé gritar. Romperemos las barreras que impiden a las mujeres avanzar en sus carreras profesionales, para que haya menos paradas, para que todas las que estén cualificadas, sin excepción, ocupen puestos tan altos como lo haría un hombre. Conseguiremos que un hijo vea por igual a un padre que a una madre, y sobre todo, en lo relacionado a las tareas del hogar, ya que la idea de mujer como ama de casa tiene que desaparecer. Los medios de

comunicación deben de difundir también esta idea de igualdad, y no colocar solo a mujeres en anuncios de cocina o cosmética y a hombres en anuncios deportivos.

En un antaño se escribieron frases como esta: "los hombres son superiores a las mujeres porque Alá les otorgó la primacía sobre ellas", pero hubo personas admirables que se rebelaron contra ella, que gritaron y que lucharon conquistando los derechos que disponemos ahora. Todos ellos empezaron una guerra, una guerra que no está terminada y que debemos continuar haciendo pequeñas cosas cada día. En Murcia, hay una asociación llamada "colectivo d.genera" que lleva acabo asombrosas actividades relacionadas con la desigualdad de género, la sexualidad y el transfeminismo.

Para conseguir todo esto se necesita lo más importante. Como dijo Arquímedes: "Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo", y este punto de apoyo siempre se llamará educación. Si unos valores humanos nuevos y fuertes no machistas son sustituidos por los retrógrados y tradicionales, habremos dado un paso de gigante. Cada vez hay más población joven que piensa por sí sola, que se da cuenta de que falla algo, que tiene la mente abierta y que quiere construir su propia identidad como "Calvina", en lugar de ser dibujados por la sociedad. Esta vez hay que acabar con la desigualdad de género. Esa gente necesita educadores, campañas, padres y amigos que le escriban cada día en una gran pizarra que la justicia es posible, y que el día 8 de Marzo salgan a celebrar el día de la Mujer trabajadora.